

## agostino

• ELSA RISSO

**A**GOSTINO" es una excelente novela de Alberto Moravia, publicada en 1945, probablemente un libro clave para entender su narrativa y también su personalidad. Su protagonista es un adolescente que vive con singular intensidad ese difícil y doloroso tránsito entre la infancia y la edad adulta, con toda su carga de descubrimientos, casi nunca aceptados, sobre el origen de la vida y las relaciones entre ambos sexos, y con el consiguiente recrudecimiento del complejo edípico. "Agostino" vivencia con un asfixiante sentido de culpabilidad y de morbosidad el aflorar de sus impulsos sexuales y como única defensa los considera vergonzosos e impuros. Sus conflictos aumentan al unirse a una pandilla de jóvenes de bajísima extracción social, que lo tratan con enorme dureza, se mofan de él por su altidamiento y su condición de niño rico, y aún llegan a creerlo homosexual a raíz de un equívoco. Ellos le revelarán en forma brutal e inadecuada todo aquello que Agostino ignoraba, al menos conscientemente, y por eso el niño siente por el grupo al mismo tiempo repugnancia e invencible atracción. Lo que importa en la novela es que cada uno de las anécdotas, episodios o personajes, están en función estricta de la descripción de un estado de ánimo y que todo el desarrollo es nada más que la objetivación, a través de acontecimientos exteriores de

una complejísima vivencia subjetiva. Por ello cada elemento del relato adquiere a la vez una doble significación: real y simbólica, y ambas se articulan perfectamente, sin que el simbolismo resulte demasiado evidente o chocante.

Mauro Bolognini ("La viaccia", "La entrega"), intentó trasladar el relato a la pantalla con un máximo de fidelidad al original, pero lamentablemente se trata de un intento fallido. Los personajes y situaciones que tanta vigencia tenían en el libro, se tornan esquemáticos, artificiales, casi burdamente extraídos de un tratado de psicoanálisis (ello se hace manifiestamente notorio en la secuencia del sueño, por ejemplo). El rostro expresivo del niño Paolo Colombo no alcanza, a pesar de su magnífica actuación, a suplir las descripciones de estados subjetivos del original y entonces Bolognini apela a un relator. Este recurso perjudica seriamente al film evidenciando su naturaleza literaria. Hay, eso sí, un gran refinamiento formal que, por otra parte, Bolognini ya había manifestado en todas sus obras anteriores, pero ese refinamiento va acompañado a veces de cierto regodeo en lo morboso que no se justifica en función del film.

Fue muy acertada la elección de Ingrid Thulin para el papel de la madre. El resto del elenco se desempeña con corrección.

## el cine y sus mitos: greta garbo

• ELSA RISSO

**L**A muestra retrospectiva sobre Greta Garbo que acaba de realizarse en Buenos Aires y que contó con un considerable éxito de público, sobre todo en las primeras semanas, permitió a un sector echar una romántica y melancólica mirada al pasado y a los más jóvenes acercarse con curiosidad al arte del "monstruo sagrado" más enigmático y cautivante de la historia del cine.

Se ha hablado hasta el cansancio de Greta Garbo, de su personalidad escuadrada y fascinante, del enorme atractivo que llegó a ejercer sobre millones de espectadores, de su arte singularísimo y, sobre todo, de esa vaga nebulosa de misterio que rodeó siempre todos sus movimientos. Ella es, probablemente, una de las expresiones más perfectas y acabadas de la "estrella-mito", proyección social muy importante del fenómeno cinematográfico. "Una actriz —dice Claude-Edmonde Magny— no alcanza el rango de "estrella", sino cuando su personalidad logra imponerse al público independientemente de los múltiples empleos que le hagan sostener en tal o cual film en particular, alcanzando una unidad profunda, más allá de la diversidad. Vamos a ver un film de Greta Garbo o de Marlene Dietrich, no porque nos interese la historia de la reina Cristina o de una cantante de music-hall, sino para encontrar a esas figuras, exactamente como esperamos encontrar a Carlitos en sus películas". Malraux es aún más explícito: "Una estrella no es una actriz que hace cine, es una persona con un mínimo de talento dramático, cuyo rostro expresa, encarna un instinto colectivo: Marlene Dietrich no es una actriz como Sarah Bernhardt, es un mito, como Fri-

né". Cierta talentoso y despótico realizador sueco, Maurice Stiler, descubrió en 1923, en cierta muchacha sueca empleada en una tienda de Estocolmo y alumna de la Escuela de Arte Dramático, esa suma de expresiones del instinto colectivo que la elevaría al rango de estrella, transformándola en el gran mito de la pantalla mundial. Se trataba de Greta Lovisa Gustafsson, conocida luego como Greta Garbo.

Greta era plástica, esbelta, su mirada poseía un dejo de misterio indescifrable, su expresión lánguida hablaba de una especie de ternura inaccesible y su sobriedad histriónica revelaba una sensibilidad exacerbada. Su voz profunda, cuando el cine se hizo sonoro, completó el mágico hechizo que cautivó a toda una generación. Un crítico uruguayo ha analizado con gran agudeza el fascinante estilo interpretativo de la Garbo: "...Greta Garbo impuso al cine norteamericano un estilo absolutamente único de mujer codiciable y distante, de diosa accesible pero remota. Basta verla sonreír en la mesa, coquetear con sus vecinos, mirar con ojos torturados al amante que llega tarde, para advertir hasta qué extremos de refinamiento llevó el arte de la seducción cinematográfica. Su mismo cuerpo era poco fotogénico: altísima, grandes hombros de atleta, caderas anchas, pecho chato, pies enormes, la Garbo inventó una manera de moverse y de hacer valer sus desventajas... Levantaba los hombros haciendo resaltar las clavículas y acentuando una actitud de femenina indefensión: curvaba un poco el chato vientre (como en algunas figuras medievales) y desplazando la sólida estructura de hombros y caderas hacia una

suerte de elipsis que le quitaba toda solidez y la proyectaba hacia lo indeciso, lo inseguro. En los momentos de pasión volcaba hacia atrás la magnífica cabeza y hacía valer un cuello largo y sensual. La boca se entreabría negándose, mientras los ojos se desesperaban con sólo huir de la mirada del amante. Y la boca, esa boca muda, sabía sonreír en la forma más ingenua o caer como si una cuchilla le estuviera negando la vida".

Los esfuerzos reiterados de los críticos por descubrir la clave de su personalidad resultaron en definitiva estériles. Durante mucho tiempo se creyó que el velo de misterio con que siempre rodeó voluntariamente sus actos era uno de los engranajes de la máquina publicitaria. Cuando abandonó el cine todos pudieron comprobar que esa conducta respondía a un marcado rasgo de su carácter, a una acendrada timidez, a un invencible temor hacia la gente. El crítico inglés Kenneth Tynan explica a la estrella como un caso de timidez sublimada, y su retiro de los últimos años como una confirmación de esa teoría: "Cada palabra adicional de adulación refuerza en ella el temor que estoy seguro siente ante la idea de tener que darnos la cara nuevamente y estar a la altura de la leyenda".

En la actualidad sólo queda de Greta

Garbo el recuerdo de sus films y la posibilidad de organizar de tanto en tanto ciclos de revisión que aviven esa memoria y que permitan a los jóvenes acercarse a esa formidable leyenda. Pero es necesario confesar que las nuevas generaciones tienen que realizar un esfuerzo de adaptación para captar un arte que además de expresar una personalidad singularísima también estaba representando a una época. Quizá al ver "Ninotchka" nos sentimos un poco defraudados frente a esa imagen hombruna y demodada cuyo encanto aún no acertábamos a descubrir. En "Ana Karenina" nos chocó la limitación impuesta por una realización excesivamente comercial y trillada. Pero cuando pudimos apreciar esa magnífica secuencia de "Reina Cristina" en que la "divina Greta" revive en la habitación de una vieja hostería una noche de amor, acariciando, reconociendo lentamente, cada uno de los muebles y objetos, que parecen humanizarse y responder al conjuro de sus manos, o la secuencia antológica de la muerte de Margarita en "La dama de las camelias", entonces comprendimos que Greta Garbo no fue uno de los tantos falsos ídolos que poblaron el olimpo estelar que nació con el cine; había algo distinto en ella: un gran talento. ♦

## teatro

### nuestro fin de semana

• JUAN CARLOS BRIE

¿EXISTE la felicidad? ¿Cuál es su esencia? ¿Dónde o cómo se la encuentra?

Roberto M. Cossa (porteño, 29 años), autor de la pieza que comentamos, y la más grata revelación de nuestro teatro en los últimos tiempos, no nos da una respuesta categórica, pero nos acerca a la verdad por eliminación.

Un fin de semana lleno de vicisitudes en el patio de una modesta casa de San

Isidro le han bastado para darnos una memorable visión del hombre que busca la felicidad por medios equívocos. Cossa demuestra que ni el acopio de bienes materiales, ni la evasión sistemática (el alcohol, la televisión, el deporte), ni el histérico refugio en un pasado perimido, ni la permanente elusión de responsabilidades "para no complicarse la vida", son suficientes para asegurar la felicidad. Pero, lúcidamente, no responsabiliza a